



EN BUSCA
DEL TIEMPO
EN QUE
VIVIMOS

*Fragmentos del
hombre moderno*

GREGORIO
LURI

DEUSTO

En busca del tiempo en que vivimos

Fragmentos del hombre moderno

GREGORIO LURI



EDICIONES DEUSTO

© Gregorio Luri, 2023

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2023

Depósito legal: B. 22.087-2022

ISBN: 978-84-234-3438-1

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción para un lector sin prisas	9
--	---

PRIMERA PARTE

La tercera naturaleza

1. ¿Asistimos al eclipse de la naturaleza?	17
2. El octavo día de la creación	28
3. El crecimiento de la progresofobia	36
4. El temor de que algo catastrófico está a punto de pasar . . .	41
5. La relación del hombre del Antropoceno con las no-cosas	47
6. La confianza en la bioperfectibilidad	54
7. La certeza de que la ciencia no nos ama	59
8. La tarea de la filosofía	69

SEGUNDA PARTE

La *doxa* y el ser del límite

9. Reivindicación de la <i>doxa</i> y del mundo de la vida	77
10. El mundo de la vida es lo primero para nosotros	93
11. Acosados por la ideología	103
12. Otros aspectos del mundo de la vida	116
13. En resumen: el mundo de la imagen manifiesta	130

TERCERA PARTE

El hombre como bisagra

14. La tensión del límite	137
15. ¿Una naturaleza (humana) culpable?	145
16. ¿Está el antropocentrismo en crisis?	151
17. La tragicomedia ontológica: la transfinitud	163
18. El hombre como bisagra. Teoría del entrambos	173

CUARTA PARTE

El fin de la historia

19. El último hombre	189
20. El limitarismo	198
21. Cuatro fronteras: la piel, la risa, la mirada y la amistad . . .	204
22. <i>Un ballo in maschera</i>	218
23. Lo histórico y lo ahistórico en el hombre	225
24. De Gómez Pereira al <i>daimon</i> de Frankenstein	233
25. ¿Cómo ser un murciélago?	248
26. La soberanía de Zoópolis	259

QUINTA PARTE

El lujo de ser daimónicos

27. La identidad, piedra angular del mundo de la vida.	267
28. La fidelidad a lo mejor que hemos sido	278
En busca del tiempo en que vivimos	289

¿Asistimos al eclipse de la naturaleza?

I

«Todo pesa cada vez menos en esta vida ya —me dice el destaralado pasajero que se acaba de sentar a mi lado en el autobús— menos los billetes, todo pierde valor.»

Asiento con la cabeza y sonrío y sé que con este doble gesto he dado carta blanca a su deshilachada verbosidad. Ya no se callará hasta Hornachuelos. Habla de manera sentenciosa y grave, dejando entre frase y frase unos segundos de silencio en los que su mente parece partir de exploración en busca de las palabras precisas.

«Si llueve y hace calor, malo es para las chumberas. Eso es lo que no quieren ellas. Así que este año, pocos higos chumbos vamos a comer... Como dice el refrán... ¡Refranes hay tantos de verdad!... Mire usted, yo soy judío... Ahora se lleva la moda de eso, de presumir.»

Suelta una carcajada que deja un rastro de risitas menguantes que se acaba desvaneciendo en un hondo suspiro melancólico.

«Jesucristo no presumía. Eso dice la Biblia. Porque nosotros no nos reconocemos en sus palabras... Hace cuatro horas que he salido de casa, verá cómo me reciben los perros...»

El autobús reduce la velocidad al entrar en una curva cerrada y mi dicharachero compañero de viaje se pone serio.

«¡Aquí se mató mi primo, el Joaquín! ¡Ahí abajo! Iba con la moto. Primo hermano mío. El camión se lo tragó. ¡Hay que ver! Era eso que llevaba una vespino, que iba a trabajar y le cortó la cabeza... Tengo amigos portugueses.»

De repente se pone a cantar en voz baja, de repente deja de cantar, de repente suelta una carcajada sin ton ni son, clava su mirada en el aire y se queda como ausente, de repente vuelve en sí y reanuda su perorata.

«Ahora viene mucho turismo a Hornachuelos. Quieren ver el Salto del Fraile y esas cosas. Yo salía, pero no salgo. Veo lo que hay que ver y ya está. Los pueblos conjuntamente fomentan el turismo, pero yo recojo muchas latas de los turistas, que me da lástima de la Tierra. Así está el mundo lleno de basura y de tontería. Tengo yo una perra que la tenían para que peleara, con que así se gana la vida más de uno. A ésos los iba a coger yo... Y, vamos, esa perra me la quedé yo... El humano se viste con lo que se viste y la naturaleza se viste con el amor de Dios. ¡Con lo que ama Dios la naturaleza y la vida! ¡Y también a mí!»

Vuelve a cantar. Pasados unos minutos, con un amplio movimiento de abanico, me señala el paisaje con la mano derecha, que es un mar geométrico de naranjos.

«¡No he andado yo por aquí ni nada...! ¡Y eso que me he criado en Barcelona! Cuarenta años. También a usted lo ama Dios. Dios nos ama a todos más de lo que merecemos... El lunes sube la temperatura, por la capa de ozono.»

Se ríe.

II

Este libro se comenzó a escribir en aquel instante, en el autobús que me llevaba, la prometedor mañana del 25 de junio del 2021, de Córdoba a Hornachuelos. Durante el trayecto tomé apresuradamente las primeras notas que aquella misma tarde comencé a desarrollar en mi habitación de la hospedería del monasterio

trapense de Santa María de las Escalonias, a donde me dirigía sin comprender muy bien el impulso que me guiaba, pero sintiendo nítidamente su fuerza y su empuje. Decidí seguir el horario de los monjes y levantarme a las cuatro de la mañana para acompañarlos en sus cantos con mi escucha atenta. En aquellos días, de los que recuerdo especialmente la serenidad de la noche profunda, con una luna inmensa, bruñida, que lucía su hierática majestad sobre los altísimos eucaliptos que aromatizaban de esperanza la avenida del monasterio, fui añadiendo más anotaciones. La impaciencia de las palabras que se arremolinaban en la punta del bolígrafo me forzaba a mantener la Moleskine siempre abierta.

De las Escalonias me trasladé, caminando con mi bastón, la mochila a la espalda, mi sombrero de paja y mis sesenta y seis años, a Hornachuelos, punto central de mis caminatas radiales por los senderos de Sierra Morena, explorador caprichoso de límites, horizontes e instantes. Como se sabe, el horizonte es lo que dota de figura a un paisaje y permite interrogarlo por la contrafigura de lo indefinido que esconde la distancia, allá donde no alcanza la vista. ¿Y el instante, qué es, sino el hito del tiempo?

«Ser hombre», escribí aquella noche, «es tener la capacidad de fijarse límites» y, por lo tanto, de orientarse y errar. El errático es el que da la espalda a los límites y anda extraviado. Con razón un discípulo de Platón, Jenócrates, definía la sabiduría como la facultad de poner los límites —o mojones— adecuados a las cosas. Como un mojón, en griego, es un *horos*, la prudencia era para él una *horística*.³

Caminar por Sierra Morena a primera hora de la mañana es atender a los límites de las últimas penumbras y al barrunto de la luz que cantan, impacientes, las avecillas, habitantes naturales del entrambos. En uno de sus tan sugerentes comentarios de los textos mesiánicos, escribe Emmanuel Lévinas: «Todo el mundo es capaz de saludar a la aurora. Pero distinguir el alba en la noche oscura, la proximidad de la luz antes de que resplandezca, en

3. Fr. 7, Heinze: Aristóteles, *Tópicos*, VI, 141 a 6.

eso consiste tal vez la inteligencia». ⁴ Ésa es, precisamente, la inteligencia que posee la alondra y le falta a la lechuza de Minerva.

Caminar cuando apunta el alba es sentirte teórico del cielo y del infinito, de esa íntima e inquietante lejanía de las estrellas. Schelling, siguiendo a los clásicos, decía que en el hombre la Naturaleza se contempla a sí misma y, al observarse a través de nuestros ojos, toma conciencia de sí. Efectivamente, sin el hombre, la naturaleza permanecería muda, ilegible, sin hitos ni horizontes ni fronteras. Nadie entendería la inteligencia de la alondra. Cuando despierta el rumor germinal de la naturaleza, caminar es un ejercicio de hitología —de «hito», dado que son hitos o mojones los que suelen marcar los límites— y una horística. En el *Llibre de meravelles* de Ramon Llull, un padre da este consejo a su hijo: «Ve per lo món e meravella't» [Ve por el mundo y maravíllate]. ⁵ Esto es lo que me decía a mí mismo cada noche al meterme en la cama.

III

Ya que topaba a cada instante con la «naturaleza», ese término tan polisémico como de imposible elusión, intenté, al principio, controlar un poco lo escurridizo de su ser y me propuse distinguir entre naturaleza y Naturaleza.

La primera, con minúscula, es la naturaleza que nos sale al paso, se nos presenta a los sentidos en la forma de un paisaje, un canto rodado, un caracol o un brote de un almendro. Es todo aquello no artificial que podemos captar con nuestras cámaras fotográficas. En filosofía se la conoce como *natura naturata*.

La segunda, con mayúscula, es aquello desde lo cual la naturaleza con minúscula brota y procede, adquiriendo sus perfiles. La Naturaleza se capta mejor con una fórmula matemática (es lo

4. Lévinas, Emmanuel, «Mesianismo y universalidad», *Difícil libertad*, Caparrós Editores, Madrid, 2004, p. 121.

5. Llull, Ramon, «Prólogo», *Llibre de meravelles*, Ed. Barcino, Barcelona, 1937, p. 26.

que intentan hacer, por ejemplo, los físicos de partículas) que con una fotografía. Es la *natura naturans*, nouménica.

Podríamos decir que la *natura naturans* es el «carnet ontológico»⁶ de la *natura naturata* y que esta última es la naturaleza delimitada, conformada, recluida entre hitos. La *natura naturans* es el hontanar de los hitos.

La *natura naturata* es el Himalaya; la *natura naturans*, la fuerza que ha creado la majestad de esas montañas, impulsa la deriva de los continentes y ha dado origen tanto al planeta Tierra como a la luz de las estrellas.

La *natura naturata* es la superficie de la profundidad de la *natura naturans*, que para hacerse visible ha de negarse a sí misma.

Esta cómoda distinción posee una larga tradición filosófica. Proclo, por ejemplo, diferenciaba en sus *Elementos de teología* —y no era el primero en hacerlo— entre «aquello que conduce la existencia» y «aquello conducido a la existencia».⁷ Lo que conduce es la energía capaz de crear; lo conducido es lo creado.

La distinción, sin embargo, comenzó pronto a incomodarme y se me hizo insostenible en cuanto comencé a pensar en el hombre como el ser que vive entre una y otra naturaleza, como el ser del entrambos. No vive allí por capricho, sino porque en su naturaleza está el impulso de modificar su propia naturaleza. ¿Qué naturaleza extraña es la suya? El mismo Proclo afirma, sin aparente titubeo, que toda alma es un entrambos, porque se encuentra entre las naturalezas idealmente indivisibles (las ideas) y las naturalezas corporalmente divisibles (las cosas).⁸

En el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Rousseau distingue entre el animal, en el que ve cartesianamente «una máquina ingeniosa» que «elige o rechaza por instinto», y el hombre: un ser capaz de elegir o rechazar «por un acto de libertad».⁹ Una paloma moriría de

6. Daston, Lorraine, *Contra la naturaleza*, Herder, Barcelona, 2021.

7. Proclo, *Elementos de teología*, Trotta, Madrid, 2017, XVII y ss.

8. *Op. cit.*, *Elementos de teología*, CXC.

9. Rousseau, Jean-Jacques, «Discurso sobre el origen y fundamentos de la

hambre ante una fuente repleta de las mejores carnes, y un gato, ante un plato de frutas. Su naturaleza no los estimula a probar estas cosas. El hombre, sin embargo, se atreve con todo, incluso con lo que puede producirle enfermedades o aun la muerte, «porque el espíritu deprava los sentidos, y la voluntad sigue hablando cuando la naturaleza calla».

El hombre es capaz, por un acto libre, de morir de inanición frente a una mesa repleta de los más succulentos manjares. Conociendo los alimentos más sabrosos, puede decidir no probarlos. Es capaz, incluso, de renunciar a su vida persiguiendo un ideal. En este sentido es el animal «biólogicamente frívolo».¹⁰ Lo es hasta tal punto que en él la diferencia entre *natura naturans* y *natura naturata* falla, se hace ambigua, dado que es capaz de proponerse la domesticación de su *natura naturans*. Piénsese en la moderna ingeniería genética.

Por vivir en el entrambos de estas dos naturalezas, se sueña con ser de otra manera y convertir su sueño en el hito orientador de su vida.

El hombre es siempre, constitutivamente, transhumano. La suya es una tercera naturaleza, una naturaleza desencajada, que crece en el entrambos y juega con sus límites (siempre provisionales), intenta conceptualizar lo ilimitado y es capaz tanto de arrojarse al vacío —el don Álvaro del duque de Rivas desde el Salto del Fraile, en Hornachuelos— como de cuidar con el mayor esmero una maceta con una flor de plástico en la ventana de una misérrima favela en un barrio de Río.

Frente al mártir o el héroe el hombre trivial es impredecible. Cuenta Ramón Pérez de Ayala¹¹ que un hombre que cayó al vacío desde un sexto piso y pudo contarle porque no sufrió más percances «que algún verdugón y moledura de huesos», afirmó que

desigualdad entre los hombres», *Escritos de combate*, Alfaguara, Madrid, 1979, p. 159.

10. Ramiro Rico, Nicolás, *El animal ladino y otros estudios políticos*, Alianza Universidad, Madrid, 1980.

11. Pérez de Ayala, Ramón, «Tragedias literarias», *Apostillas y divagaciones*, Editorial Cultura Hispánica, Madrid, 1976.

en su caída no pensó ni en su mujer ni en sus hijos, ni tan siquiera en su muerte, «sino tan sólo en que se había olvidado aquel día de poner alpiste al canario».

El hombre es la tercera naturaleza en la que la *natura naturata* alarga su mano hasta alcanzar los engranajes de su *natura naturans* con la pretensión de modificarse a sí mismo en sintonía con las imágenes —de entusiasmo o decepción— que es capaz de proyectar sobre su propio ser. Este proyecto de domesticación de lo oculto es característico del humano, lo cual es como decir que los límites de lo humano son inestables. El hombre no es un ser natural que ha ido de visita al *limes* [límite, frontera], sino que vive en el *limes*. El *limes* es su naturaleza y la variación de sus límites, su historia.

Esto es algo que siempre se ha sabido. Piénsese en el *Protágoras* de Platón o en el *Discurso sobre la dignidad del hombre* de Pico della Mirandola. Pero tras los cambios históricos evidentes se buscaba una permanencia como soporte de la posibilidad misma del cambio. Hoy no hay permanencia supuesta que no sea puesta en cuestión. La inestabilidad de la frontera se imagina sin arraigo, para ponerla así a disposición del deseo. En estas páginas, sin embargo, nos preguntaremos si para habitar políticamente no es necesaria, al menos, una cierta confianza en las permanencias, sin descartar *a priori* que, en último extremo, bien pudiera ser ésta una ilusión necesaria para la propia vida en común (lo que Platón llamaba «noble mentira»).

El hombre imagina y no puede dejar de hacerlo, pero la imaginación siempre se complace jugando con monstruos que nunca sabemos hasta qué punto pueden desplazar los límites de lo obvio hasta hacerse realidad canónica. La vejez es, en buena parte, esta convivencia, más o menos pacífica, pero siempre un tanto perpleja, con lo que en la juventud parecía monstruoso, pero que se ha hecho más real que lo que se tuvo por real. Piénsese lo que supone para muchos ancianos la crisis del binomio masculino-femenino. Algunos preferirán hablar de rendición de la vejez ante lo inexorable.

No hace tanto tiempo que resultaba inconcebible que alguien se definiera a sí mismo como «filósofo punk-trans» o como «ci-

berfeminista». Hoy te dan premios de ensayo por presentarte así. Lo posible está fagocitando a lo real. Nadie que tome un potenciador de la erección se pregunta si su conducta está de acuerdo con la naturaleza. Lo mismo podemos decir del trasplante de un órgano de un cerdo a un ser humano. No critico nada de esto, simplemente constato que muchas cosas que nuestros abuelos eran incapaces de imaginar, nuestros nietos las viven como rutinas de lo posible. Se discute (reconozco que no sé con qué fundamento científico) sobre la posibilidad de trasplantes uterinos para mujeres trans o, incluso, para hombres cisgénero. En el caso de las relaciones entre sexo y género, la ambigüedad crece hasta el punto de que hoy es posible pensar el género como «un espacio para experimentos y transformaciones». Lo que a algunos les provoca una automática mueca de rechazo, a otros los lleva, simplemente, a encogerse de hombros y preguntarse: «¿Y por qué no?».

¿Hay algo más humano que este «Y por qué no»?

Nunca ha sido más evidente la condición de entrambos del humano y por eso mismo podríamos preguntarnos si no estamos a las puertas del fin de la naturaleza tal como la hemos ido entendiendo tradicionalmente, en su doble imagen de *naturata* y *naturans*.

El hombre capaz de desarrollar la ingeniería genética no puede establecer los límites de su desarrollo. Pero lo más sorprendente es que el hombre que está desentrañando los arcanos de la física de partículas tampoco puede asegurar que la ciencia nos quiera, o que en la deriva de la naturaleza (en todas sus formas posibles) hacia el final del cosmos, el hombre sea una variable relevante. Más bien resalta nuestra irrelevancia cósmica. Mientras soñamos con ser dioses, el silencio de los espacios infinitos nos ignora. Así pues, podemos sospechar que quizá pudiera ser racional no ser del todo racionales en el día a día, mientras el Todo camina inexorablemente hacia el ocaso. La realidad no tiene por qué estar hecha a medida de nuestro deseo. Hace tiempo que Fontenelle dejó dicho que, si poseyera en un puño todas las verdades, se cuidaría muy mucho de abrir la mano, para no hacer infelices a los hombres.

Hoy nos vemos abocados a hacernos una pregunta inquietante sobre lo intelectualmente honesto en un contexto en el que sabemos que nadie acallará la aparición de los «¿Y por qué no?». Vivimos más en el momento de la perplejidad que en el de la complejidad.

Y mientras lanzamos a la ciencia la pregunta «¿Y por qué no?», el miedo, impertinente, crece y está comenzando a teñir con sus siniestros colores el futuro.

El hombre, ser del entrambos, es, por eso mismo, transfinito; es el ser del límite.

IV

De mis caminatas por Sierra Morena recuerdo especialmente mis visitas al antiguo convento franciscano de Santa María de los Ángeles —donde está el Salto del Fraile— y, sobre todo, al monasterio carmelita del Tardón, en San Calixto. Llevé siempre el cuaderno con las notas en la mochila y fue él quien me impuso el ritmo de los pasos. El privilegio de la soledad es la libertad de no tener que negociar el trayecto con nadie. A veces el esbozo de una idea pillada al vuelo me retenía porque me urgía recogerla en su misma palpitante ambigüedad. Otras veces, había que rumiar una intuición con calma y necesitaba una piedra donde sentarme y el cobijo de la sombra de una encina para desarrollar lo que en esbozo estaba llamando a las puertas de mi mente. En algunas ocasiones, movido por un deseo infantil de liviandad, celebraba mi despreocupado bienestar cantando, antojadizo y a pleno pulmón, por ejemplo, *Locus iste a Deo factus est*¹² por el barranco de la Rabilarga o por el arroyo de la Guazulema. Hay fundamento para el elogio de la esporádica vida solitaria, porque nuestros sentidos se afinan en el contacto libre con bosques, montañas, arroyuelos y silencios.

Fueron aquéllos unos días felices, pero de muchos tropiezos,

12. *Locus iste* es una pieza musical basada en un texto religioso —un mote—, compuesto por Anton Bruckner en 1869.

cosa normal en quien por andar oteando horizontes no vigila donde pone los pies, pero ¿qué es pensar, sino tropezar?

De vuelta a casa, los primeros días me despertaba, automáticamente, a las 4 de la mañana y salía a mirar por la ventana la noche urbana, sin misterios, y a escuchar el silencio de los pájaros. Después escribía sobre lo escrito, pero ahora tenía que ir empujando las palabras en su búsqueda del concepto, porque en la comodidad del hogar parecían melindrosas.

Tal como el lector familiarizado con la filosofía española del siglo xx se habrá percatado, al hablar de transfinito, pienso muy especialmente en Juan David García Bacca, y al hablar del ser del límite, en Eugenio Trías. Este lector se encontrará frecuentemente en estas páginas con sus ecos, por lo cual me apresuro a rendirles un tributo de gratitud.

V

Hace ya bastantes años, los miembros del Círculo Filosófico Soriano se pusieron en contacto conmigo, que resido en Barcelona, para proponerme que les diera una conferencia. Tuvieron el detalle de añadir a su invitación esta relevante advertencia: «¡A ver de qué vienes a hablarnos, porque aquí sólo nos interesa lo eterno!». Por supuesto, no solamente acepté, sino que me las apañé para convertirme en un habitual de sus anuales jornadas filosóficas.

Recuerdo un mes de marzo en el que, camino de Soria, estaba ascendiendo a la meseta dejando a mi izquierda un Moncayo que resplandecía majestuosamente cubierto de nieve refulgente. Ese monte fue un hito del paisaje de mi infancia. Mi abuelo Federico, siempre que se mostraba visible en el horizonte, se refería a él con una dignidad que tenía algo de sagrada. Dudo que supiera que los aragoneses proyectaron esculpir el rostro de Joaquín Costa en su vertiente norte. El cielo, patria —creíamos— de lo estable, era de un azul intensísimo, homogéneo, que hacía resaltar aún más el perfil nevado de la montaña. Al acercarme a Ágreda comenzaron a sonar en la radio del coche las primeras notas

de los *Sonetos de Petrarca*, de Liszt. Era la música precisa para el ascenso porque parecía emanar del mismo azul nítido del cielo, invitando a alzar la mirada. ¡Qué distinto aquel cielo terrestre y tan humano de aquel cielo cósmico que tanto perturbaba a Pascal por el silencio de sus espacios oscuros e infinitos!

La música dota a la eternidad de instantes, que son hitos en el tiempo. El tiempo sin instantes es la eternidad muda, sin concepto, sin forma ni imagen. Es lo despiadadamente otro... Eso otro que la ciencia nos dice hoy que espera a todo lo existente como colofón final de la historia natural, cuando la *natura naturans* dé de sí el absurdo de una informe *natura naturata* que será como el cadáver helado de su propio ser.

Allá, en Ágreda, en un convento de clausura, vivió una monja, sor María Jesús, a la que el rey Felipe IV nombró tácitamente su embajadora en el cielo, intentado conseguir por su intermediación una alianza con El Infinito. Aunque ésta es otra historia, ya que recalamos en Ágreda, recordemos que sor María Jesús solía decir que lo propio del alma es su capacidad para levantarse a sí misma sobre sí misma. Pero tan propio del alma es levantarse como tropezar, caer, postrarse, rebajarse y corromperse.